



H. P. Lovecraft  
La Lámina De  
La Casa

**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LA LÁMINA DE LA CASA**

**H. P. LOVECRAFT**

**PUBLICADO: 1920  
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

**TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA**

Los buscadores del horror rondan lugares extraños y lejanos. Para ellos están las catacumbas de Tolemaida y los mausoleos esculpidos de los países de las pesadillas. Suben a las torres iluminadas por la luna de los ruinosos castillos del Rin, y descienden vacilantes por negros escalones llenos de telarañas bajo las piedras esparcidas de ciudades olvidadas de Asia. El bosque encantado y la montaña desolada son sus santuarios, y se detienen en torno a los siniestros monolitos de islas deshabitadas. Pero el verdadero epicúreo de lo terrible, para quien un nuevo estremecimiento de horror indecible es el fin principal y la justificación de la existencia, estima sobre todo las antiguas y solitarias granjas de los bosques de Nueva Inglaterra; porque allí los oscuros elementos de fuerza, soledad, grotesco e ignorancia se combinan para formar la perfección de lo horrible.

La más horrible de todas las vistas son las pequeñas casas de madera sin pintar alejadas de los caminos transitados, normalmente en cuclillas sobre alguna ladera húmeda y cubierta de hierba o apoyadas contra alguna roca gigantesca aflorante. Llevan más de doscientos años allí apoyadas o en cuclillas, mientras las enredaderas se arrastran y los árboles crecen y se extienden. Ahora están casi ocultas por la exuberancia anárquica del verdor y la sombra protectora; pero las pequeñas ventanas todavía miran con asombro, como si parpadearan a través de un estupor letal que aleja la locura embotando el recuerdo de cosas inconfesables.

En tales casas han vivido generaciones de personas extrañas, cuyo parecido el mundo nunca ha visto. Apresados por una creencia sombría y fanática que los exilió de su especie, sus antepasados buscaron la libertad en el desierto. Allí florecieron los vástagos de una raza conquistadora, libres de las restricciones de sus semejantes, pero encogidos en una espantosa esclavitud a los lúgubres fantasmas de sus propias mentes.

Divorciados de la ilustración de la civilización, la fuerza de estos puritanos se desvió hacia canales singulares; y en su aislamiento, mórbida autorrepresión y lucha por la vida con la implacable Naturaleza, les llegaron oscuros rasgos furtivos desde las profundidades prehistóricas de su fría herencia nortea. Por necesidad práctica y por filosofía severa, estas gentes no eran bellas en sus pecados. Errando como todos los mortales, se vieron obligados por su rígido código a buscar la ocultación por encima de todo,

de modo que cada vez tenían menos gusto en lo que ocultaban. Sólo las casas silenciosas, somnolientas y de mirada fija en los bosques pueden contar todo lo que ha permanecido oculto desde los primeros días; y no son comunicativas, pues se resisten a deshacerse de la somnolencia que les ayuda a olvidar. A veces uno siente que sería piadoso derribar estas casas, porque a menudo deben soñar.

Una tarde de noviembre de 1896, una lluvia tan copiosa y escalofriante que cualquier refugio era preferible a exponerse, me condujo a un edificio de estas características que había quedado destrozado por el tiempo. Llevaba algún tiempo viajando entre la gente del valle de Miskatonic en busca de ciertos datos genealógicos y, debido a la naturaleza remota, tortuosa y problemática de mi recorrido, había creído conveniente utilizar una bicicleta a pesar de lo avanzado de la estación. Ahora me encontraba en una carretera aparentemente abandonada que había elegido como el atajo más corto para llegar a Arkham; sorprendido por la tormenta en un punto alejado de cualquier pueblo, y sin más refugio que el antiguo y repelente edificio de madera que parpadeaba con sus ventanas empañadas entre dos enormes robles sin hojas cerca del pie de una colina rocosa.

Aunque distante de los restos de una carretera, esta casa me impresionó desfavorablemente desde el mismo momento en que la vi. Las estructuras honestas y sanas no miran a los viajeros de forma tan astuta e inquietante, y en mis investigaciones genealógicas había encontrado leyendas de un siglo antes que me predisponían en contra de lugares de este tipo. Sin embargo, la fuerza de los elementos pudo más que mis escrúpulos, y no dudé en subir con mi máquina por la subida llena de maleza hasta la puerta cerrada que parecía tan sugerente y secreta a la vez.

De algún modo había dado por sentado que la casa estaba abandonada, pero al acercarme a ella no estaba tan seguro, pues aunque los paseos estaban llenos de maleza, parecían conservar su naturaleza demasiado bien como para argumentar un abandono total. Por lo tanto, en vez de llamar a la puerta, lo hice sintiendo un temor que apenas podía explicar.

Mientras esperaba en la roca áspera y musgosa que servía de umbral, eché un vistazo a las ventanas vecinas y a los cristales de la claraboya que había sobre mí, y observé que, aunque viejos, traqueteantes y casi opacos por la

suciedad, no estaban rotos. El edificio debía de estar habitado, a pesar de su aislamiento y abandono general.

Sin embargo, mis golpes no obtuvieron respuesta, así que, tras repetir la llamada, probé con el oxidado pestillo y encontré la puerta desabrochada. Dentro había un pequeño vestíbulo con paredes de las que se caía el yeso, y a través de la puerta llegaba un olor tenue pero peculiarmente odioso. Entré con mi bicicleta y cerré la puerta tras de mí. Delante se alzaba una estrecha escalera, flanqueada por una pequeña puerta que probablemente conducía al sótano, mientras que a izquierda y derecha había puertas cerradas que llevaban a habitaciones de la planta baja.

Apoyando mi bicicleta contra la pared, abrí la puerta de la izquierda y crucé a una pequeña habitación de techo bajo, pero débilmente iluminada por sus dos polvorientas ventanas y amueblada de la forma más desnuda y primitiva posible. Parecía una especie de salón, pues tenía una mesa y varias sillas, y una inmensa chimenea sobre la que tintineaba un antiguo reloj. Había muy pocos libros y periódicos, y en la penumbra reinante no pude distinguir fácilmente los títulos. Lo que me interesaba era el aire uniforme de arcaísmo que desprendían todos los detalles visibles. La mayoría de las casas de esta región me habían parecido ricas en reliquias del pasado, pero aquí la antigüedad era curiosamente completa, pues en toda la habitación no pude descubrir un solo artículo de fecha definitivamente posterior a la Revolución. Si el mobiliario hubiera sido menos humilde, el lugar habría sido un paraíso para los coleccionistas.

Mientras observaba este pintoresco apartamento, sentí que aumentaba la aversión que me había provocado el sombrío exterior de la casa. No podía definir qué era exactamente lo que temía o detestaba, pero había algo en toda la atmósfera que parecía evocar una edad poco sagrada, una crudeza desagradable y secretos que debían ser olvidados.

Me sentí poco inclinado a sentarme, y deambulé de un lado a otro, examinando los diversos objetos que me habían llamado la atención. El primer objeto de mi curiosidad fue un libro de tamaño mediano que yacía sobre la mesa y presentaba un aspecto tan antediluviano que me maravilló contemplarlo fuera de un museo o una biblioteca. Estaba encuadernado en cuero con apliques metálicos, y se hallaba en excelente estado de

conservación, siendo en conjunto un tipo de volumen inusual de encontrar en una morada tan humilde. Cuando lo abrí por la portada, mi asombro fue aún mayor, pues se trataba nada menos que del relato de Pigafetta sobre la región del Congo, escrito en latín a partir de las notas del marino López e impreso en Frankfort en 1598. Había oído hablar a menudo de esta obra, con sus curiosas ilustraciones de los hermanos De Bry, de ahí que por un momento olvidara mi inquietud en mi deseo de pasar las páginas que tenía ante mí. Los grabados eran, en efecto, interesantes, sacados enteramente de la imaginación y de descripciones descuidadas, y representaban negros de piel blanca y rasgos caucásicos; ni hubiera cerrado pronto el libro si una circunstancia sumamente trivial no hubiera alterado mis cansados nervios y reavivado mi sensación de inquietud.

Lo que me molestaba era simplemente la forma persistente en que el volumen tendía a abrirse sobre sí mismo en la lámina XII, que representaba con espantoso detalle una carnicería de los caníbales Anziques. Experimenté cierta vergüenza por mi susceptibilidad ante algo tan insignificante, pero el dibujo me perturbó, especialmente en relación con algunos pasajes adyacentes que describían la gastronomía anzique.

Me había vuelto hacia una estantería vecina y estaba examinando su escaso contenido literario -una Biblia del siglo XVIII, un "Progreso del Peregrino" de la misma época, ilustrado con grotescas xilografías e impreso por el almanaquero Isaiah Thomas, el podrido grueso de la "Magnalia Christi Americana" de Cotton Mather, y algunos otros libros evidentemente de igual antigüedad- cuando mi atención fue despertada por el inconfundible sonido de pasos en la habitación de arriba.

Al principio sorprendido y sobresaltado, considerando la falta de respuesta a mis recientes golpes en la puerta, inmediatamente después concluí que el caminante acababa de despertarse de un sueño profundo; y escuché con menos sorpresa cuando los pasos sonaron en las chirriantes escaleras. La pisada era pesada, pero parecía contener una curiosa cualidad de cautela; cualidad que me desagradaba tanto más cuanto que la pisada era pesada.

Cuando entré en la habitación, cerré la puerta tras de mí. Ahora, después de un momento de silencio durante el cual el caminante pudo haber estado

inspeccionando mi bicicleta en el pasillo, oí un tanteo en el pestillo y vi que el portal de paneles se abría de nuevo.

En EL umbral había una persona de aspecto tan singular que habría exclamado en voz alta de no ser por las restricciones de la buena educación. Viejo, de barba blanca y harapiento, mi anfitrión poseía un semblante y un físico que inspiraban asombro y respeto a partes iguales. Su estatura no podía ser inferior a un metro ochenta, y a pesar de un aire general de vejez y pobreza, era corpulento y poderoso en proporción.

Su rostro, casi oculto por una larga barba que le crecía en lo alto de las mejillas, parecía anormalmente rubio y menos arrugado de lo que cabría esperar, mientras que sobre una frente alta caía un mechón de pelo blanco poco debilitado por los años. Sus ojos azules, aunque un poco inyectados en sangre, parecían inexplicablemente agudos y ardientes. De no ser por su horrible desaliño, el hombre habría sido tan distinguido como impresionante. Este desaliño, sin embargo, lo hacía ofensivo a pesar de su rostro y su figura. Apenas podía decir en qué consistía su vestimenta, pues no me parecía más que un amasijo de harapos sobre un par de botas altas y pesadas; y su falta de limpieza sobrepasaba lo descriptible.

El aspecto de aquel hombre y el miedo instintivo que me inspiraba me prepararon para algo parecido a la enemistad, de modo que casi me estremecí por la sorpresa y la sensación de extraña incongruencia cuando me indicó que me sentara y se dirigió a mí con una voz delgada y débil, llena de respeto adulador y hospitalidad conrgraciadora. Su forma de hablar era muy curiosa, una forma extrema del dialecto yanqui que yo creía extinguida desde hacía mucho tiempo, y la estudié atentamente cuando se sentó frente a mí para conversar.

"Me alegro de que estuvieras cerca de la casa y tuvieras la sensatez de venir enseguida. Calculo que me quedé dormido, de lo contrario te habría oído. Ya no soy tan joven como antes, y hoy en día necesito muchas siestas. ¿De viaje? No he visto a mucha gente por aquí desde que se bajaron de la diligencia de Arkham".

Le contesté que iba a Arkham, y me disculpé por mi grosera entrada en su domicilio, tras lo cual continuó:

"Me alegro de verle, joven señor, las caras nuevas abundan por aquí, y no tengo mucho que me anime estos días. Supongo que eres de Bosting, ¿verdad? Nunca he estado allí, pero sé reconocer a un viejo cuando lo veo. Tuvimos uno como maestro de escuela en el ochenta y cuatro, pero lo dejó de repente y nadie ha vuelto a saber de él desde entonces..." .

Aquí el viejo se rió entre dientes y no dio ninguna explicación cuando le pregunté. Parecía estar de muy buen humor, pero poseía esas excentricidades que se adivinan en su aspecto. Durante algún tiempo divagó con una genialidad casi febril, cuando se me ocurrió preguntarle cómo había conseguido un libro tan raro como el "Regnum Congo" de Pigafetta. El efecto de este volumen no me había abandonado, y sentí cierta vacilación al hablar de él; pero la curiosidad se sobrepuso a todos los vagos temores que se habían ido acumulando desde que vi la casa por primera vez.

"Ah, ¿el libro de Afriky? El capitán Ebenezer Holt me lo vendió en el sesenta y ocho, cuando lo mataron en la guerra" .

Algo en el nombre de Ebenezer Holt me hizo levantar la vista bruscamente. Lo había encontrado en mi trabajo genealógico, pero no en ningún registro desde la Revolución. Me pregunté si mi anfitrión podría ayudarme en la tarea en la que me afanaba, y resolví preguntárselo más tarde. Continuó:

"Ebenezer estuvo en un mercante de Salem durante años, y recogió un montón de cosas raras en cada puerto. Supongo que consiguió esto en Londres; le gustaba comprar cosas en las tiendas. Estaba en su casa, en la colina, comerciando con caballos, cuando vi este libro. Me gustaron las fotos, así que se lo di en un intercambio. Es un libro raro... déjame ponerme las gafas" .

El anciano rebuscó entre sus harapos y sacó un par de gafas sucias y sorprendentemente antiguas, con pequeños cristales octogonales y arcos de acero. Se las puso, cogió el volumen que había sobre la mesa y pasó las páginas con cariño.

" Ebenezer puede leer un poco de esto -es latín-, pero yo no. Tuve dos o tres maestros que me leyeron un poco, y Passon Clark, del que dicen que se ahogó en el estanque, ¿podéis sacarle algo?" . Le dije que sí, y traduje para



su beneficio un párrafo cerca del principio. Si me equivoqué, no fue lo bastante erudito para corregirme, pues parecía infantilmente complacido con mi versión inglesa. Su proximidad se estaba volviendo bastante odiosa, pero no vi forma de escapar sin ofenderle. Me divirtió la afición infantil de este viejo ignorante por los dibujos de un libro que no sabía leer, y me pregunté cuánto mejor podría leer los pocos libros en inglés que adornaban la habitación. Esta revelación de simplicidad eliminó gran parte de la aprensión mal definida que había sentido, y sonreí mientras mi anfitrión divagaba:

"Es extraño cómo las imágenes pueden hacer pensar a alguien. Fíjate en esta de aquí delante. ¿Habéis visto alguna vez árboles como éste, con grandes hojas que caen de un lado a otro? Y esos hombres... no pueden ser negros. ¡Les ganan a todos! Supongo que son más parecidos a los indios, aunque estén en África. Algunas de estas criaturas parecen monos, o mitad monos y mitad hombres, pero nunca he oído nada como esto". Aquí señaló a una criatura fabulosa del artista, que uno podría describir como una especie de dragón con cabeza de caimán.

"Pero ahora les mostraré el mejor... aquí cerca del medio..." El discurso del anciano se hizo un poco más espeso y sus ojos adquirieron un brillo más intenso; pero sus manos torpes, aunque parecían más torpes que antes, eran totalmente adecuadas para su misión. El libro se abrió, casi por sí solo y como si lo hubiera consultado con frecuencia en este lugar, en la repelente duodécima lámina, que mostraba una carnicería entre los caníbales de Anzique. Mi sensación de inquietud volvió, aunque no la exhibí. Lo más extraño era que el artista había hecho que los africanos parecieran blancos: los miembros y los cuartos que colgaban de las paredes de la tienda eran espantosos, mientras que el carnicero con su hacha resultaba horriblemente incongruente. Pero mi anfitrión parecía disfrutar de la vista tanto como a mí me disgustaba.

"¿Qué te parece esto? Nunca he visto nada igual por aquí, ¿eh? Cuando veo esto le digo a Eb Holt, '¡Hay algo que te agitará y te hará cosquillas en la sangre! Cuando leo en Scripter sobre matanzas, como las de los madianitas, pienso cosas, pero no tengo una foto de ello. Este hombre que está siendo descuartizado me da cosquillas cada vez que lo miro; tengo que seguir

mirándolo; ¿ves dónde le cortó los pies el carnicero? Ahí está su cabeza en el banco, con un brazo a un lado, y el otro brazo en el otro lado del bloque de carne".

Mientras el hombre seguía murmurando en su espantoso éxtasis, la expresión de su rostro peludo y con gafas se hizo indescriptible, pero su voz se hundió en lugar de elevarse. Apenas puedo describir mis propias sensaciones. Todo el terror que antes había sentido vagamente se precipitó sobre mí de forma activa y vívida, y supe que detestaba a la antigua y aborrecible criatura que tenía tan cerca con una intensidad infinita. Su locura, o al menos su parcial perversión, parecía indiscutible. Ahora casi susurraba, con una ronquera más terrible que un grito, y temblé al escuchar.

"Como he dicho, es extraño cómo las imágenes te hacen pensar. Sabe usted, joven señor, que estoy completamente loco por esto. Después de quitarle el libro a Eb, lo miré mucho, sobre todo cuando oí a Passon Clark despotricar de los domingos con su gran peluca. Cuando intenté hacer algo gracioso - aquí, joven señor, no se asuste- todo lo que hice fue mirar el cuadro antes de cortar las ovejas para el mercado -coger ovejas era más divertido que mirarlo-".

El tono del anciano era ahora muy grave, a veces tan débil que apenas se oían sus palabras. Yo escuchaba la lluvia y el traqueteo de las ventanas de cristales pequeños y oscuros, y percibí el retumbar de un trueno que se acercaba, bastante inusual para la estación. En una ocasión, un tremendo relámpago y un estruendo sacudieron la frágil casa hasta sus cimientos, pero el susurrador pareció no darse cuenta.

"Matar ovejas era más divertido, pero no me satisfacía del todo. Es extraño cómo un antojo se apodera de ti... Como amas al Todopoderoso, jovencito, no se lo digas a nadie, pero le juro a Dios que ese picador comenzó a darme hambre por víveres que no podía criar ni comprar... aquí, quédate quieto, ¿qué te pasa? -Dicen que la carne hace sangre y carne, y te da nueva vida, así que me preguntaba si no haría que un hombre viviera más y más si fuera más de lo mismo..."

Pero el susurrador no continuó. La interrupción no se debió a mi miedo, ni a la tormenta que crecía rápidamente en medio de cuya furia pronto abriría

los ojos en una soledad humeante de ruinas ennegrecidas. Se debió a un suceso muy simple, aunque algo inusual.

El libro abierto yacía plano entre nosotros, con la imagen mirando repulsivamente hacia arriba. Cuando el anciano susurró las palabras "más de lo mismo", se oyó un pequeño impacto de salpicaduras y algo apareció en el papel amarillento del volumen volcado. Pensé en la lluvia y en un tejado con goteras, pero la lluvia no es roja. Sobre la carnicería de los caníbales de Anzique brillaba pintorescamente una pequeña salpicadura roja, que daba viveza al horror del grabado. El anciano lo vio, y dejó de susurrar incluso antes de que mi expresión de horror lo hiciera necesario; lo vio y miró rápidamente hacia el suelo de la habitación que había abandonado una hora antes. Seguí su mirada y contemplé justo encima de nosotros, en el yeso suelto del antiguo techo, una gran mancha irregular de color carmesí húmedo que parecía extenderse incluso mientras yo la veía. No grité ni me moví, sino que me limité a cerrar los ojos.

Un momento después llegó el titánico trueno de los truenos, golpeando la maldita casa de secretos inconfesables y trayendo el olvido que sólo salvó mi mente.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**